



# Cultura en el Antropoceno: cambio cultural y emergencia climática

Joan Subirats

Catedrático de Ciencia Política, Universidad Autónoma Barcelona

<https://orcid.org/0000-0002-4738-0739>

[joan.subirats@uab.cat](mailto:joan.subirats@uab.cat)

Artículo recibido: 18/09/2024. Revisado: 25/09/2024. Aceptado: 02/10/2024

**Resumen:** El arte tiene la capacidad y el poder de modificar nuestra visión y relación con el mundo natural, presentando perspectivas nuevas y emocionales sobre el cambio climático y la conservación, se puede motivar a las personas a orientar sus ideas y sus prácticas de otra manera, asumiendo prácticas más sostenibles. Las organizaciones culturales pueden contribuir a ello mediante muy distintos instrumentos, desde los programas educativos y colaboraciones comunitarias, hasta el impulso de soluciones creativas para los desafíos ambientales.

**Palabras clave:** Cultura; emergencia climática; sostenibilidad; actitudes; valores; naturaleza; arte.

Culture in the Anthropocene: cultural change and climate emergency

**Abstract:** Art has the capacity and power to change our view and relationship with the natural world, presenting new and emotional perspectives on climate change and conservation, and can motivate people to orient their ideas and practices in a different way, adopting more sustainable practices. Cultural organizations can contribute to this through a wide variety of instruments, from educational programs and community collaborations, to promoting creative solutions to environmental challenges..

**Keywords:** Culture; climate emergency; sustainability; attitudes; values; nature; art.



**N**o creo que haya que insistir mucho sobre la crisis planetaria que atravesamos. Las evidencias son muchas y bien fundamentadas. A pesar del enorme movimiento generado por la emergencia climática, lo cierto es que los resultados siguen siendo preocupantes ya que no se logra alterar el ritmo de la profunda erosión de las variables ambientales. Lo que proponemos aquí es incorporar una mirada al tema desde la perspectiva cultural.

Probablemente más que cualquier otro fenómeno, el cambio climático es sumamente complejo, con multitud de procesos correlacionados que incluso, a veces, aparecen como contradictorios. Procesos que se dan en los más diversos lugares, con ritmos y escalas variables, y, evidentemente, generando todo tipo de consecuencias. Una de las características significativas de esta transición ecológica es que los humanos formamos parte del todo, de manera que en esta era del Antropoceno el cambio no afecta solo a una parte de las actividades humanas ni tampoco a unos sectores determinados de la población. Sin

querer decir que todos tenemos las mismas responsabilidades ni en lo que ha sucedido ni en lo que hemos de afrontar, lo cierto es que la sostenibilidad como manera de hacer y de vivir nos atañe y nos afecta a todos y a todas nuestras distintas facetas vitales. Es innegable, por tanto, para aquellos que entendemos la cultura como lo que da sentido a la vida, que sin cambio cultural no hay cambio ecológico. Usamos aquí la palabra cultura en dos sentidos, para expresar la totalidad de lo que la vida, lo que explica lo que somos y hacemos, y, al mismo tiempo el esfuerzo creativo que implica la generación de arte y conocimiento.

En el fondo, cuando analizamos y debatimos lo que implica el cambio ecológico, nos damos cuenta que de lo que estamos hablando es de maneras de pensar el pasado, el presente y el futuro; hablamos de aquello que nos importa más o menos, hablamos de estilos de vida, de lo que nos parece importante y lo que no lo es. Desde esta perspectiva, todo lo que hacemos o no hacemos viene profundamente determinado por nuestra manera de entender la vida, por nuestra cultura. Decía Marx que “los hombres construyen su propia historia, pero no como les place; no la construyen





bajo circunstancias escogidas por ellos, sino bajo circunstancias directamente encontradas, determinadas y transformadas desde el pasado. La tradición de todas las generaciones ya desaparecidas pesa como una pesadilla en el cerebro de las vivas”. El cambio cultural que nos pide la emergencia climática vendrá determinado por un proceso interactivo de transformaciones de las prácticas humanas y sus condicionantes internos y externos.

¿De dónde venimos? Si repasamos los análisis sobre que ha ido significando la naturaleza a lo largo de la historia y en sus distintas materializaciones en diversas épocas y civilizaciones, nos damos cuenta de las grandes diferencias que se han ido dando. Y detrás de cada una de ellas encontramos distintas implicaciones políticas, económicas y sociales que esas concepciones generaron. De mantener la idea de separación entre naturaleza y sociedad podríamos acabar pensando, como dice Latour, que son las opiniones cambiantes de los humanos las que han ido modificando la posición de la luna, de los planetas, los soles los árboles o los animales. Es decir, de todo lo que existe fuera de “nosotros”. La antropología de las culturas no occidentales nos muestra alternativas de agrupación entre humanos y no humanos formando un único colectivo, en un único orden social. El feminismo nos ha mostrado lo que implica luchar para cambiar lo que se consideraba el orden natural de las cosas. Antes, la palabra “hombre” representaba al conjunto de la humanidad (como hemos visto en la cita anterior de Marx). Si se decía “mujer” se diferenciaba a la hembra como una categoría aparte. Ahora, gracias a la labor pertinaz del feminismo, hay dos conceptos plenamente diferenciados. Lo que nos pide la ecología política es diferenciar cultura y naturaleza, evitando que la naturaleza sea un concepto hipotéticamente integrador donde estamos y operamos todos sin distinción.

No es posible imaginar cambios significativos hacia la sostenibilidad sin la transformación cultural que modifique actitudes y valores. La transición no resulta fácil, ya que está muy instalada una idea de progreso y de bienestar muy vinculada al crecimiento. Pero precisamente la idea de transición lo que incorpora es como abordar la psicología del cambio, el como ir más allá de una lógica estrictamente cortoplacista cuando hablamos de progreso y el como manejamos las dificultades que implica una concepción distinta de desarrollo. La sostenibilidad no es un punto final, ni tampoco un objetivo

intermedio a alcanzar, es la expresión de una transición necesaria entre la situación actual y un horizonte que continuamente se desplaza. Y, en este sentido, tiene mucho de cambio cultural, de reordenación de valores.

En el debate artístico se ha discutido mucho sobre el narcisismo de una parte significativa de la producción cultural contemporánea. No se trata solo de potenciar prácticas y creaciones disruptivas con relación al estatus quo, sino como ayudar a construir instituciones y prácticas sociales sostenibles (en la plena acepción del término). Temas como la recuperación del patrimonio, las prácticas vinculadas a la artesanía, la implicación de las dinámicas artísticas y culturales en las problemáticas sociales, la experimentación de prácticas de co-creación... son ejemplos de articulaciones artísticas que pueden engranar adecuadamente con el debate de la transición antes mencionado. Sin descartar avanzar en las experiencias ya existentes de relación artística y cultural entre humanos y no-humanos, que exploran romper la separación que ha ido consolidándose desde la modernidad. Cada día son más las prácticas creativas y experimentales que van más allá de los sistemas y las imágenes de los medios y la cultura convencional y tratan de superar las visiones apocalípticas y de colapso que tan a menudo se relacionan con la emergencia climática.

Como explica Margaret Atwood, más que “cambio climático” lo que ocurre es que “todo cambia”, poniendo así de relieve la expansividad y la multiplicidad de aspectos interconectada con esta situación de emergencia. Es evidente que la cultura puede ayudar asimismo a conectar procesos naturales con otros problemas que están claramente interconectados. Los diversos climas caracterizan entornos enmarañados de racismo, migración y extractivismo, permitiendo identificar también redes de causa y efecto de procesos y condiciones que no se pueden separar y que designan infraestructuras complejas, atmósferas afectivas, culturas naturales y geografías desiguales. Dicho en otros términos, ya no es posible (si alguna vez lo fue) separar la naturaleza de la cultura o los sistemas humanos de los ambientales. Y eso caracteriza al Antropoceno, que reconoce que los sistemas sociales y ambientales se han vuelto mutuamente determinantes. Esto significa que el carácter de los procesos biogeofísicos es inseparable de las dinámicas sociales, políticas, económicas y tecnológicas. Dinámicas insertas en las culturas humanas que cambian el clima.

En este contexto, el arte ofrece un lugar con el que experimentar más allá de las categorías artísticas convencionales, incluyendo prácticas interdisciplinarias y posdisciplinarias, como se ha hecho con estudios cartográficos, análisis de datos de teledetección, activismo de movimientos sociales o nuevas ecologías de medios y ensamblajes de archivos. Hacer las cosas, los hechos, visibles (y públicos) responde de alguna manera al “derecho a ver”, y ello puede reforzar estrategias, movilizaciones y transformaciones importantes. De la misma manera que hay quién reivindica la opacidad estratégica y el derecho a la invisibilidad (frente al *software* de reconocimiento facial o el tratamiento de datos).

En definitiva, el arte, en sus distintas formas, y la cultura como aproximación, pueden ayudar enormemente a lo que muchos consideran que es un gran obstáculo

para avanzar en los cambios imprescindibles que exige la emergencia climática. Me refiero al tema de la percepción, es decir como cada quién se percibe y se representa en ese escenario de fin de etapa. El arte tiene la capacidad y el poder de modificar nuestra visión y relación con el mundo natural, presentando perspectivas nuevas y emocionales sobre el cambio climático y la conservación, se puede motivar a las personas a orientar sus ideas y sus prácticas de otra manera, asumiendo prácticas más sostenibles. Las organizaciones culturales, pueden contribuir a ello mediante muy distintos instrumentos, desde los programas educativos y colaboraciones comunitarias, hasta el impulso de soluciones creativas para los desafíos ambientales.